

RAMÓN ANDRÉS

CLAUDIO
MONTEVERDI
«LAMENTO DELLA
NINFA»

BARCELONA 2017



A CANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2017 by Ramón Andrés González-Cobo
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Ninfa de espaldas* (1758-1764),
de Mariano Salvador Maella

ISBN: 978-84-16748-43-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 7525-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

I. La humedad	7
II. Del consuelo y la brisa imaginaria	23
III. Agudos dardos de la voz	47
IV. El afecto en el pecho	71
V. <i>Miserella</i> . El descenso	95
 <i>Lamento della Ninfa</i>	 127

LA HUMEDAD

Son las fuentes y los arroyos, los ríos, los que dan forma a la tierra, la moldean con una erosión que no es de inquietud sino de constancia y saber fluir. También el viento desgasta, pero una corriente de agua, un regato, pueden insinuar un camino, marcarlo, convertir en orilla lo que fue una hondonada de helechos, aprovechar un declive para abrir cauce. Es en lo húmedo donde se favorece el bosque, el entrar hacia un lugar en busca de aquello que no ofrece una solana. A veces la fertilidad, el ir en pos del hallazgo, da pie a un verbo, lo engendra. Buscar, *buscare*: las gentes medievales aludían con esta palabra al hecho de adentrarse en el bosque, unas veces para abastecerse de lo que hay en él, otras para descansar o esconderse en su espesura. «¿Qué bosque no ha tenido un fugitivo?», dice un poema latino.

Sin embargo, hay frondosidades de hoja neoplatónica, flores que no están detalladas en ningún tratado botánico, bayas que Joachim Jun-

gius habría dibujado en los cuadernos de *Isagoge phytoscopia* con la mayor extrañeza. Lo que crecía en el siglo XVII, los árboles y arbustos como el mirto, las trepadoras y los frutales, había sido plantado en el siglo XV. Su poesía, su pintura, la música, dieron cuerpo a aquella exuberancia.

Los paisajes de Antonio da Correggio, los de Giovanni Bellini y los de Giorgione están poblados de sauces y nogales, también de fresnos que servían a Poseidón para construir remos. En ellos crecen laureles para ceñir a Apolo, pinos que se alzan en evocación de Atis, manzanos que dan frutos a Heracles. Conforman florestas inverosímiles que, bien por su mezcla o a causa de la naturaleza de sus especies, no pueden convivir en un mismo terreno y, pese a ello, en los versos, en los pinceles, florecen bajo un único cielo. Ártemis prueba las flechas en el roble y el olmo, no en el haya, que es su árbol. Los álamos pertenecen a Perséfone; la potestad de Hades es el ciprés. Los chopos lloran a Faetón; la encina cubre a Cibele.

A menudo, en medio de la arborescencia tupida, donde el tamarisco se permite arcádico, se erigen peñascos y promontorios con aulagas, sabinas, nardos, hierba de la paciencia y boj: su

madera amarillenta recuerda a los amantes porque—lo sabemos—acostumbran a estar pálidos, llevados por el amor. Ovidio plantó un boj en la trágica escena de Píramo y Tisbe, en las *Metamorfosis* (IV, 134-136).

Jacopo Sannazaro, desilusionado de su «renaciente» época y aquejado ya de *la fatica di vivere* de la que habló Leon Battista Alberti en *I libri della famiglia*, sugiere en la declaración inicial de la *Arcadia* que los árboles agrestes y los bosques solitarios gustan más que los jardines recortados por unas «doctas manos», y lo propio sucede con los libres y selváticos pájaros, cuyo canto no queda enturbiado por el rumor de las ciudades. En ellas se les amaestra y reduce a vivir en ornamentadas jaulas. No es cosa de pocos preferir las canciones grabadas en la corteza de un serbal que leerlas en las finas páginas de dorados libros, ni estimar la flauta de Pan por encima de los instrumentos más cultos.

La música de maestros como Marchetto Cara y Bartolomeo Tromboncino, también la de Bernardo Pisano o aquella del escaso Antonio Caprioli, que compuso *Una leggiadra nympfa*, sirvió, al

igual que procuraron los poetas y los pintores, para levantar una arboleda de idilios y afectos que fuera capaz de ocultar con su manto las carencias del mundo. En su momento Virgilio sintió esa misma necesidad de cubrir con la beatitud de las *Bucólicas* la desolación causada por las imágenes de una realidad contraria, cuyo trasfondo de pechos ensangrentados y humaredas era el de una guerra civil desatada a la muerte de César, de ahí los pastores coronados de flores, de ahí el argentado olivo, el blando sauce y la zampona regalada por Dametas. Bienvenidos los lazos de Venus y las *muscosi fontes*. Fuentes musgosas.

Lo que había al otro lado del bosquecillo que deja ver Ghirlandaio en los frescos de los *Estigmas de san Francisco* era el desorden causado por la difícil supervivencia, la violencia de las revueltas, los caminos y sus continuos salteadores, las privaciones, el maltrato de los terratenientes hacia un campesinado que, excluido de todo, desconocía el descanso. Por añadidura, la desigualdad en la distinta riqueza de los campos, que variaba a tenor de las regiones, extremaba la pobreza de los parajes desfavorecidos. En la cara oculta de aquellos *Estigmas* estaban, también, las contiendas, la indefensión ante las epidemias, el mie-

do. El imaginario del Renacimiento tiene una parte de ensueño, no se acomoda a la resignación, necesita de nuestro pensar esperanzado. Y, sin embargo, al entrar en la propia Florencia—lo leemos en el *Viaje a Italia* transcurrido entre los años 1580 y 1581—el anónimo cronista que acompañaba a Montaigne quedó asombrado porque, junto a diversas maravillas, entre ellas la cúpula de la catedral, que es «*une de les belles choses du monde et plus sumptueuses*», las calles estaban pavimentadas con lajas muy toscas, sin pulir y ni siquiera guardar un orden y, mientras el escribano comenta estas impresiones, no puede reprimirse al hablar de las hospederías italianas, que, con mucho, son las peores, las más humildes, con unas camas duras y cortas, de escasa sábana y poca manta; a esos camastros, casi jergones, les llama *chétifs*, ‘roñosos’.

Cuando Giovanni Boccaccio describe en el proemio del *Decamerón* los estragos de la peste negra de 1348—para cuya batalla no había «ningún saber ni providencia humana», ni tan siquiera valían las súplicas divinas ni podían evitarse visiones como aquélla de los dos cerdos que comen los

despojos de un apestado en plena calle de Florencia—hace que siete muchachas y tres jóvenes se procuren refugio en una hermosa villa alejada de la ciudad «a dos pequeñas millas»—lo que según la medida romana (*milia passuum*) apenas llegaría a tres kilómetros—. Se aíslan del dolor mundano, cantan la entonces avanzada música francesa impulsada por el *Ars Nova*, tocan refinados instrumentos, juegan al ajedrez, pasean, conversan entre el aroma de unos bien cuidados jardines y, bajo la amable sombra de los árboles y durante diez jornadas, cada uno de los privilegiados miembros cuenta su *novella*, su narración en tanto que olvido de la muerte. Ciertamente, «*umana cosa è aver compassione degli afflitti*»; humana, también, la necesidad de ignorar lo que ocurre alrededor, la trama de su cerco. Sobre este episodio de la obra de Boccaccio Peter Sloterdijk ha escrito unas breves aunque luminosas páginas, contenidas en *El reino de la fortuna*.

La humedad es germinal, por eso donde el agua brota y corre hay una posibilidad de fecundación. En un tratado breve, *De fluviis*, que ha querido atribuirse a Plutarco, se cuenta que la ninfa

Calauria se unió a Indo y concibió un hijo al que llamaron Ganges. En sus orillas, otra ninfa, Anaxibia, fue perseguida por Helios, que la deseaba; se ocultó aprisa en el bosque de Ártemis Ortia, y tras ella toda pisada quedó borrada. La ninfa Arge, en las vegas del Nilo, junto al monte Árgilo, cedió, forzada por Zeus, y dio a luz al que fuera llamado Dioniso. Algo no muy distinto aconteció en el descenso del río Eurotas, fiel a una montaña cuya falda colindaba con su curso. Allí Zeus violó a Taígete que, presa del horror, se dio muerte. El Caico era un fruto de los amores de Hermes y de la ninfa Ocírroe, y el Aqueloo lo fue de la pasión de Océano y Nais; también fluían las corrientes que llevaron por nombre Tigris: Dioniso se transformó en tigre para amedrentar a la ninfa Alfesibeia y poseerla en el rugir del cauce.

En la narración de *De fluviis*, todos los ríos deben su nombre a un suicida que, desesperado, se arroja a las aguas. Son héroes y dioses los que se lanzan sin remedio, por eso a menudo sus lechos y vados son un campo de prodigios. En los remansos del Hidaspes podían encontrarse piedras que, durante el creciente de la luna, sonaban igual que flautas. En el Hebro florecía una planta llamada cítara: al emitir música sus flores y hojas,